

SARAH J. MAAS



UNA CORTE DE  
ROSAS Y  
ESPINAS

SARAH J. MAAS

UNA CORTE DE ROSAS  
Y ESPINAS



TRADUCCIÓN: MÁRGARA AVERBACH



## CAPÍTULO 1

El bosque se había transformado en un laberinto de hielo y nieve.

Yo había estado monitoreando los alrededores del sotobosque durante una hora, y mi punto de observación, en la horqueta de una rama, se me había convertido en una atalaya inútil. El viento soplaba en ráfagas espesas que borraban mis huellas, aunque también ocultaban cualquier señal de vida de una posible presa.

El hambre me había llevado lejos de casa, más de lo que acostumbraba arriesgarme, pero el invierno era una época dura. Los animales se habían alejado de la aldea, se habían refugiado en la profundidad de los bosques, donde yo ya no podía seguirlos, y me habían dejado a los retrasados para que yo los cazara uno por uno mientras rezaba para que duraran hasta la primavera.

No habían durado.

Me pasé los dedos entumecidos sobre los ojos para sacarme los copos de nieve que se me pegaban en las pestañas. Ahí no había árboles sin corteza que marcaran el paso de los ciervos, como decían las leyendas: los ciervos no habían llegado todavía. Seguramente se quedarían donde estuvieran hasta que se les terminara la corteza de la que se alimentaban,

después viajarían al norte, más allá del territorio de los lobos, y tal vez hasta entrarían en las tierras de los inmortales, en Prythian, donde ningún ser humano se atrevería a entrar, a menos que tuviera deseos de morir.

Sentí un estremecimiento por toda la columna vertebral cuando pensé en eso y lo rechacé para alejarlo de mí, mientras ponía toda mi atención en lo que me rodeaba, en la tarea que tenía por delante. Era lo único que podía hacer, lo único que había conseguido hacer durante años: poner toda mi atención en la supervivencia, tratar de sobrevivir esa semana, ese día, esa hora. Y ahora, con la nieve, tendría suerte si veía algo, sobre todo desde mi posición en el árbol, con un campo visual de apenas cinco metros a mi alrededor. Ahogué un gemido cuando mis miembros entumecidos crujieron al moverme y desarmé el arco antes de bajar del árbol.

La nieve congelada restalló bajo mis botas deshechas y apreté los dientes. Con la poca visibilidad, y el ruido que hacía... , era evidente que esta sería otra cacería inútil.

Me quedaban solamente unas horas de luz diurna. Si no regresaba rápido, tendría que arriesgarme en la oscuridad en mi camino a casa, y las advertencias de los cazadores todavía me sonaban en los oídos: lobos gigantes al acecho y muchos. Para no mencionar los rumores sobre seres extraños que se habían visto en la zona, altos y fantasmales y mortíferos.

Cualquier cosa menos inmortales, habían rezado los cazadores a nuestros dioses, olvidados hacía ya tanto tiempo... y yo había rezado con ellos en secreto. Hacía ocho años que vivíamos en esa aldea, a dos días de viaje de la frontera con los inmortales de Prythian, y en ese tiempo, no había habido ningún ataque, aunque los vendedores ambulantes traían historias que describían pueblos fronterizos convertidos en astillas, huesos y cenizas. En los últimos tiempos, esos relatos, antes tan excepcionales que los ancianos de la aldea los descartaban como rumores absurdos, se habían convertido en susurros cotidianos durante los días de mercado.

Me había arriesgado mucho al adentrarme tanto en el bosque, pero mi familia, la noche anterior, había comido la última hogaza de pan y un día antes, lo que quedaba de la carne seca. Pero yo, personalmente, prefería

pasar otra noche con la panza vacía antes que ser la presa que calmara el apetito de un lobo. O de un inmortal.

Aunque en realidad ya no quedaba de mí mucho que sirviera de alimento. Para entonces, estaba muy flaca y desmejorada, y era fácil poder ver mis costillas. Me moví entre los árboles en el mayor de los silencios y con la mayor agilidad posible, tenía una mano apretada contra el estómago vacío y dolorido. Imaginé la expresión que tendrían las caras de mis dos hermanas mayores cuando yo volviera otra vez a la choza con las manos vacías.

Después de unos minutos de búsqueda cuidadosa, me agaché en medio de un grupo de zarzas cargadas de nieve. A través de las espinas, tenía una vista casi buena de un claro y del pequeño arroyo que lo atravesaba. Unos pocos agujeros en la nieve sugerían que el lugar era visitado con frecuencia. Con suerte, algo pasaría por ahí. Con suerte.

Suspiré por la nariz y hundí la punta del arco en la nieve mientras apoyaba la frente contra la curva cruda de madera. No aguantaríamos otra semana sin comida. Demasiadas familias habían empezado ya a pedir limosna con la esperanza de recibir las sobras de los ricos de la aldea. Yo había visto con mis propios ojos hasta dónde llegaba la caridad de los ricos.

Me acomodé un poco e hice un esfuerzo para calmar la respiración mientras escuchaba al bosque a través del viento. La nieve caía y caía, bailando y curvándose en remolinos de espuma brillante; lo blanco, fresco y limpio contra los marrones y los grises del mundo. Y a pesar de mí misma, a pesar de los miembros semiparalizados, calmé la parte inquieta, despiadada de mi mente y dejé entrar los bosques velados de nieve.

En otros tiempos, había sido mi segunda naturaleza saborear el contraste del pasto nuevo contra el suelo oscuro, cubierto, o un broche de amatista en un nido de pliegues de seda esmeralda; en otros tiempos, había soñado y respirado y pensado en colores y luces y formas. A veces, hasta me permitía imaginar el día en que mis hermanas se casarían y fuéramos solamente papá y yo, con suficiente comida para los dos, dinero suficiente para comprar algo de pintura y tiempo suficiente para poner esos colores y formas en papel o tela o sobre las paredes de la choza.

No era algo que fuera a pasar pronto; tal vez nunca pasara. Así que me quedaban momentos como ese, momentos en los que admiraba el brillo de la luz pálida del invierno sobre la nieve. Ya no recordaba la última vez que me había asombrado ante alguna cosa hermosa o interesante.

Las horas robadas en un viejo granero con Isaac Hale no contaban; esos momentos eran vacíos y llenos de hambre y, a veces, crueles; nunca hermosos.

De pronto, el aullido del viento se calmó y se convirtió en un suspiro suave. La nieve caía con pereza ahora, en grandes copos gordos que se amontonaban en los nudos y las salientes de los árboles. Fascinante, la belleza letal, amable de la nieve. Pronto tendría que volver a las calles barroas, congeladas de la aldea, al calor apretado de nuestra choza. Una parte chiquita, fragmentada de mí rechazó la idea.

Se oyó un crujido de arbustos del otro lado del claro.

Desenterré el arco de la nieve en un movimiento instintivo. Espié a través de las espinas y contuve la respiración.

A menos de treinta pasos había una cierva pequeña, todavía no del todo flaca por el invierno, pero lo suficientemente hambrienta como para ponerse a comer de la corteza de un árbol en el claro.

Una cierva así podía alimentar a mi familia durante una semana o más.

Se me hizo agua la boca. Silenciosa como el viento que rozaba las hojas muertas, apunté con el arco.

Ella seguía arrancando pedazos de corteza, los masticaba despacio, sin siquiera sospechar que a pocos metros, la esperaba la muerte.

Pondríamos a secar la mitad de la carne y después comeríamos el resto, guisos, pasteles... El cuero, lo venderíamos o tal vez lo haríamos ropa para uno de nosotros. Yo necesitaba botas nuevas, pero seguramente Elain querría una capa nueva y Nesta solía desear todo lo que poseyera cualquier otra persona.

Me temblaron los dedos. Tanta comida..., tanta salvación. Respiré hondo, volví a controlar el blanco.

Pero de repente, vi un par de ojos dorados que brillaban en el arbusto vecino al mío.

El bosque quedó en silencio. El viento se detuvo. Hasta la nieve hizo una pausa.

Nosotros, los mortales, dejamos de tener dioses a los que adorar y aun así, si yo hubiera sabido sus nombres olvidados, les habría rezado. A todos. Escondido entre los arbustos, el lobo se acercaba despacio, la mirada fija en la cierva, que no se daba cuenta de nada.

Era enorme, del tamaño de un pony, y aunque me habían avisado que había lobos como ese, se me secó la boca.

Pero peor que el tamaño era el sigilo antinatural: se acercaba poco a poco y la cierva seguía sin verlo, sin oírlo. Ningún animal tan grande podía ser tan silencioso. Y si no era un animal común, si su origen era Prythian, si era un inmortal, entonces, que me comiera era la menor de mis preocupaciones.

Si era un inmortal, yo debía estar corriendo a toda prisa.

Y sin embargo..., sin embargo, sería un favor al mundo, a mi aldea, a mí misma, si lo mataba, aprovechando que él no se había dado cuenta de mi presencia. No sería tan difícil clavarle una flecha en el ojo.

A pesar del tamaño, *parecía* un lobo, se movía como un lobo. *Animal*, me tranquilicé. *Un animal, es nada más que eso*. No me permití considerar la alternativa: necesitaba la mente clara, la respiración tranquila.

Tenía un cuchillo de caza y tres flechas. Las primeras dos eran flechas comunes, simples y eficientes, y seguramente no más que la picadura de una abeja para un lobo de ese tamaño. Pero la tercera, la más larga y pesada, se la había comprado a un vendedor ambulante durante un verano en el que teníamos suficientes monedas como para darnos esos lujos. Una flecha tallada en fresno de montaña y armada con una punta de hierro.

De las canciones que nos cantaban para dormirnos en la cuna, todos sabíamos que los inmortales odian el hierro. Pero era la madera de fresno la que hacía que la magia inmortal, la magia de sanación de Prythian, fallase el tiempo suficiente para dar a un humano la posibilidad de asesinar un golpe mortal. O así decían las leyendas y los rumores. La única prueba que teníamos de la eficacia del fresno era su rareza. Yo había visto dibujos de esos árboles, pero nunca uno con mis propios ojos, no después

de que los altos fae los quemaran hacía ya tanto tiempo. Quedaban tan pocos..., la mayoría pequeños y débiles y escondidos por la nobleza en bosquecillos rodeados de paredes altas. Semanas después de la compra, seguía preguntándome si ese pedazo de madera caro había sido un gasto inútil o una estafa y durante tres años, la flecha había quedado ahí, en el carcaj, sin moverse.

La saqué, con movimientos mínimos, eficientes, cualquier cosa para evitar que ese lobo monstruoso mirara en mi dirección. La flecha era lo suficientemente larga y pesada como para infligir daño, tal vez matarlo si apuntaba bien.

El pecho se me tensó tanto que me dolía. Y en ese momento, me di cuenta de que mi vida se reducía a una única pregunta: ese lobo, ¿estaba solo?

Aferré el arco y tiré de la flecha hacia atrás. Tenía buena puntería, pero nunca me había enfrentado a un lobo. Había pensado que eso significaba que yo tenía suerte, que estaba bendita. Pero ahora... ahora no sabía adónde apuntar ni conocía la velocidad que eran capaces de tener esos animales. No podía darme el lujo de errar el tiro. No cuando tenía solamente una flecha de fresno.

Y si lo que latía debajo de ese cuero era realmente el corazón de un inmortal, entonces, mejor... Mejor, después de todo lo que nos había hecho su especie. No podía arriesgarme a que este se arrastrara después hasta nuestra aldea y matara e hiriera y atormentara a otros. Que muriera aquí y ahora. Sería una alegría acabar con él.

El lobo se acercó arrastrándose; una ramita se quebró bajo una de sus patas, más grandes que mis manos. La cierva se quedó inmóvil. Miró a ambos lados, las orejas estiradas hacia el cielo gris. El lobo estaba contra el viento y ella no lo veía ni lo olía.

Este se aplastó contra el suelo, la cabeza baja y el cuerpo macizo, plateado, tan perfectamente fundido con la nieve y las sombras. La cierva seguía mirando en la dirección equivocada.

Miré a la cierva y miré al lobo, una y otra vez. Por lo menos, él estaba solo, por lo menos en esto tenía suerte. Pero si el lobo asustaba a la cier-

va, yo me quedaba sin nada, excepto un lobo hambriento, y demasiado grande..., posiblemente, un inmortal que buscaría su siguiente comida. Y si él la mataba, destruiría preciosas partes de cuero y grasa...

Si yo me equivocaba, mi vida no era la única que se perdería. Pero en esos últimos ocho años de caza en el bosque, mi vida se había reducido a correr riesgos y yo había actuado correctamente la mayor parte de las veces. La mayor parte.

El lobo salió disparado desde los arbustos en un rayo de gris, blanco y negro, los colmillos amarillos llenos de brillo. Era todavía más enorme así, al descubierto, una maravilla de músculos y velocidad y fuerza bruta. La cierva no tenía ninguna oportunidad.

Disparé la flecha de fresno antes de que él la destrozara demasiado.

La flecha se le metió en el flanco y habría jurado que el suelo mismo se sacudió con ella. Él ladró de dolor, y soltó el cuello de la cierva mientras la sangre se esparcía sobre la nieve, de un rojo rubí, tan pero tan brillante...

Se volvió hacia mí, los ojos amarillos muy abiertos, el pelo erizado. El gruñido grave me reverberó en el pozo vacío del estómago mientras me ponía de pie y volvía a levantar el arco; la nieve me caía del cuerpo convertida en lluvia.

Pero el lobo solamente me miró, el hocico manchado de sangre, la flecha de fresno clavada toscamente en el flanco. La nieve empezó a caer de nuevo. Él *miraba y miraba*, con una suerte de conciencia y de sorpresa que me hicieron disparar la segunda flecha. Por si acaso, por si acaso esa inteligencia era del tipo inmortal, malvado.

Él no trató de esquivar la flecha cuando le atravesó limpiamente el ojo amarillo bien abierto.

Se derrumbó en el suelo.

El color y la oscuridad se arremolinaron, me taparon la visión, se mezclaron con la nieve.

Las patas del lobo se retorcían y un gemido grave se deslizó en el viento. Imposible..., tendría que haber estado muerto, no muriéndose. La flecha le había atravesado el ojo casi hasta las plumas de ganso.

Lobo o inmortal, no tenía importancia. No con esa flecha de fresno

clavada en el costado. Estaría muerto muy pronto. Sin embargo, me temblaban las manos mientras me sacudía la nieve y me acercaba más, pero no del todo. La sangre salía a borbotones de las heridas que yo le había hecho; la nieve se manchaba cada vez más de color púrpura.

Él movió las patas en el suelo, la respiración cada vez más leve. ¿Le dolía enormemente o ese gemido era un intento para alejar de sí a la muerte? Yo no estaba segura de querer saberlo.

La nieve se arremolinó a nuestro alrededor. Fijé mis los ojos en el lobo hasta que ese cuerpo de carbón y obsidiana y marfil dejó de subir y bajar. Lobo..., definitivamente un lobo a pesar del tamaño.

La tensión en mi cuerpo se aflojó un poco y dejé escapar un suspiro, mi aliento como una nube frente a mí. Por lo menos, la flecha de fresno había probado que era letal, fuera lo que fuese el ser al que había derribado.

Un examen rápido de la cierva me dijo que solamente podría llevarme un animal y hasta eso sería toda una lucha. Pero era una lástima dejar al lobo.

Aunque eso me hizo perder minutos preciosos —minutos durante los cuales cualquier predador olería la sangre fresca—, le saqué el cuero y limpié las flechas lo mejor que pude.

Por lo menos, el trabajo me entibió las manos. Envolví el costado sangrante de la piel del lobo alrededor de la herida mortal de la cierva y finalmente la levanté y me la puse al hombro. Estaba a varios kilómetros de la choza y no quería dejar un rastro de sangre que llevara a todos los animales con colmillos y garras directamente hacia mí.

Gemí por el peso, tomé las patas de la cierva y di una última mirada al cuerpo humeante del lobo. El ojo dorado que le quedaba miraba el cielo cargado de nieve y durante un momento, deseé tener la capacidad para sentir remordimientos por esa cosa muerta.

Pero estaba en el bosque y en medio del invierno.